



Fotografía: expedia.com

LANDÍVAR MONUMENTAL

Cristhians Manolo Castillo

Resumen

La comunidad social que olvida su legado histórico está condenada a perder su identidad. Soy antigüeño, antes que guatemalteco, sancarlino o académico. Mi identidad la constituyen los olores, sabores, imágenes, paisajes e historias que, desde mi niñez, me han acompañado en el uso de mi razón. La mística de mi pueblo se nutre de personajes, sus andanzas, relatos y herencias culturales. Este trabajo es una aproximación a uno de los antigüeños universales, Rafael Landívar. Sirvan estas reflexiones para mantener viva su vida y obra, pero sobre todo para revalorar el lugar de memorias que me vio nacer.

Palabras clave

Patrimonio, conservación, lugar de memorias, La Antigua Guatemala, herencia, memoria histórica.

Abstract

The social community that forgets its historical legacy is condemned to lose its identity. I am an antigüeño, more than a Guatemalan, a sancarlino or an academic. My identity is constituted by the smells, flavors, images, landscapes and stories that, since my childhood, have accompanied me in the use of my reason. Characters, their wanderings, stories and cultural heritage nourish the mystique of my people. This work is an approach to one of the universal antigüeños, Rafael Landívar. May these reflections serve to keep his life and work alive, but above all to revalue the place of memories where I was born.

Keywords

Heritage, conservation, place of memories, La Antigua Guatemala, heritage, historical memory.

*¡Oh salve, patria para mí querida, mi dulce hogar, oh salve Guatemala!
Tú el encanto y origen de mi vida.
En tanto, yo el preclaro triunfo que de la muerte has obtenido celebraré en
mis versos sin reparo.*

—Rafael Landívar

Trascender al olvido

La 5ta. calle poniente, la de la pólvora, larga silente, parece iniciar en el monumento a Landívar y culminar en la última morada (Cementerio General de La Antigua Guatemala). Es el último tramo que recorreremos en hombros todos

los antiguieños, luchando contra el olvido cuando físicamente desaparecemos. Todo sepelio es momento propicio para recordar lo vivido con el deudo que ha partido. Pero, luego de sellar la diminuta morada eterna, en medio de la ausencia comienzan a disiparse los vestigios de lo compartido y solo algunos fragmentos quedan incrustados en los espacios en los que hemos vivido.



Plaqueta en el ingreso al monumento a Landívar.

La casa es el espacio del hogar donde la familia construye su historia. Es un pequeño universo que alberga las fábulas que alimentan la imaginación de todo niño, nutrida con sueños, olores, sabores, postales, remembranzas, los primeros amores, el vacío de los que se fueron. Es el espacio seguro para las reliquias que contienen el devenir de la historia familiar; museo en que se resguardan los recuerdos más intensos de los antepasados y las inspiraciones que cada día motivaron la lucha personal por trascender. Principalmente en la niñez, la casa antigüeña de antaño era un microcosmos integrado por el patio grande, los amplios corredores, el sitio (lugar de siembras de hortalizas o cultivo del café contiguo a la casa patronal), hasta los senderos que conectaban con fincas vecinas. La experiencia de vida en estos espacios, marcaban profundamente la identidad en formación de quienes serán cucuruchos, cachurecos, amantes de sus tradiciones.

La condición finita de la existencia es el enemigo de la grandeza. Todos los seres humanos aspiramos a trascender. Los poderosos de la historia han recurrido al arte y la arquitectura

para dejar una huella para las futuras generaciones; pretenden hacerse tangibles aun en la ausencia eterna. Los arcos, castillos, mansiones, esculturas, recintos sacros, pinturas, entre otros, son parte del mobiliario público que nos rememora lo legado por los grandes seres humanos que, con su existencia, han marcado la historia.

Lo efímero del poder también motiva a quienes en algún momento lo detentaron a querer perdurar en la memoria como poderosos. En montículos grises, pretenden imponer su impronta. Pero los colectivos humanos deciden qué y a quién recordar, sobre todo cuando el amor al terruño fue la materia prima de la inspiración para su gran producción.

Identidad, pertenencia y nacionalismo

El pueblo es una morada compartida. El pensamiento se nutre del espacio colectivo, las calles, la escuela, la iglesia, la cancha, los senderos al cerro en el

que volábamos barriletes, los sitios de referencia para ubicar direcciones, las esquinas emblemáticas, el paisaje rodeado de montañas y volcanes. En conjunto, las calles recorridas son las venas de nuestra memoria y el espacio público el capital constitutivo de nuestras raíces. Por ello los colectivos humanos tendemos a dar significado y valoración simbólica a los inmuebles inertes de nuestro pueblo que, en conjunto con las comidas, el lenguaje, las costumbres y tradiciones, hasta los modismos y los apodos constituyen nuestra identidad colectiva.

Pertenecemos al territorio en el que crecemos, ahí donde echamos raíces, a los lugares que en nuestra memoria representan la recordación florida de momentos felices. La tienda de doña Carlota en el barrio de la Escuela de Cristo, un paraíso de golosinas en la proximidad de la aldea, hoy tan solo es una anécdota contada en una de las canciones de Ricardo Arjona que, para las nuevas generaciones, es una casa más en la periferia de la urbe colonial, pero para los que nacimos en el siglo pasado en este terruño, es un punto de encuentro de la niñez.

La casa es más que el lugar de habitación para los antiguëños. Representa un pedacito de este al que le llaman patrimonio cultural de la humanidad. En cada esquina hay un vestigio que nos recuerda a los ancestros (Dormaels, 2012) a las viejas prácticas sociales y los grandes seres humanos que transitaron por aquí; desde santos, poetas, artesanos, constructores, literatos y académicos que hoy forman parte del patrimonio conmemorativo que le da valor social al conjunto de monumentos en ruinas, tan atractivos al turismo nacional e internacional.

Las comunidades juegan un rol activo en la constitución de su patrimonio, mediante procesos de significación y valoración de sitios, objetos, historias, cuentos y leyendas, poemas, tradiciones, bienes que constituyen nuestra herencia y de la cual las construcciones nos permiten recordar colectivamente a los hijos de este territorio que la inmortalizaron con su producción humana y aportan al misticismo autóctono de esta bella ciudad.

La Antigua Guatemala es un tesoro histórico cultural que marca la

nacionalidad de los guatemaltecos. Es un tributo tangible del devenir de nuestra historia como país, llena de monumentos, que para Françoise Choay son «todo artefacto edificado por una comunidad de individuos para acordarse de o para recordar a otras generaciones determinados eventos, sacrificios, ritos o creencias» (2007). Los muebles e inmuebles de esta ciudad tienen un valor monumental e histórico de interés público (Zúñiga, 2017) y tanto los que se conservan sin intervención, como las nuevas edificaciones son parte de nuestra memoria histórica y alimentan la identidad, pertenencia y nacionalismo de quienes hemos nacido en esta tierra.

Este municipio del país conocido a nivel global como un destino turístico de alto valor, más allá de calles empedradas, ruinas, monumentos y tradiciones mestizas, constituye un lugar de memoria, lleno de leyendas y plagado de personajes que, con sus formas de vivir, constituyen el legado intangible que se expresa en las costumbres y tradiciones.

En 1979 fue declarada patrimonio mundial cultural y natural de la humanidad por la Unesco. Contiene

los vestigios de la segunda capital de los españoles, luego de la conquista y colonización de lo que llamaron las indias orientales, siendo una ciudad sumamente rica en capital histórico.

La Antigua Guatemala, un lugar de memorias

El valle de Panchoy es una construcción social histórica que integra un conjunto de experiencias que se viven con los cinco sentidos, desde las delicias gastronómicas; pasando por las postales de sus paisajes y las estampas de su arte efímero manifiesto en el arte sacro. La música que recorre calles con los cortejos procesionales; los olores de la cuaresma, incienso, corozo y huertos tributo en altares de las velaciones, hasta las sensaciones que provocan en la piel los relatos tan propios como el Sombrerón, el Cadejo, la Llorona, la Siguanaba o los Nazarenos. Es una experiencia de vida la visita a este pequeño lugar de memorias.

Para Paulina Zúñiga (2017) los lugares de memoria suman a éstas la historia. Mientras las memorias son un proceso

actual emotivo y afectivo que les permite a las comunidades mantener viva la relación entre el recuerdo y el olvido de forma individual y colectiva; la historia por su parte «tiene una vocación universal, es una representación del pasado que requiere de una operación intelectual» (Nora, 2009: 21), un tratamiento metódico a los hechos.

En el caso de La Antigua Guatemala se unen ambos en un riquísimo capital tangible e intangible que recién se empieza a sistematizar, como lo refiere en entrevista para esta publicación el doctor Javier Quiñonez Guzmán (2024), Conservador de la Ciudad. En este 2024, en el seno del Consejo Nacional para la Protección de La Antigua Guatemala, mediante la unidad de Registro y Documentación del patrimonio cultural mueble e inmueble se ha diseñado el Plan maestro de documentación y conservación del patrimonio intangible de la ciudad el cual abarca la riqueza gastronómica, arte sacro, musical, el legado de gremios, obreros, artesanos, tradiciones, costumbres, que constituyen una dinámica viva del patrimonio intangible de este territorio lleno de sincretismo, mestizaje e hibridación.

«El valle de Panchoy (...) en el que se asienta La Antigua Guatemala (...), en conjunto con el valle de Almolonga tienen tres mil años de historia y ocupación cultural que no se ha perdido», como lo refiere el doctor Quiñonez. Lo que hoy conocemos es producto de tres ocupaciones del territorio a saber: la ocupación prehispánica por poblados mayas del clásico y postclásico en los alrededores de lo que hoy es el casco fundacional de la ciudad, que eran mantos acuíferos que constituían medios de subsistencia para estos pueblos originarios; los vestigios de este periodo han sido revelados mediante simples excavaciones y por investigaciones arqueológicas en los municipios que integran ambos valles. Después se dio la ocupación hispánica, que aporta el legado arquitectónico y urbanístico constituido en el casco fundacional, cuya presencia de múltiples órdenes religiosas confiere los ritos y tradiciones tan particulares de las celebraciones cuaresmales y del tiempo de adviento. Finalmente, la ocupación republicana, marcada por la explotación agroindustrial del cultivo del café, introducida precisamente en

el periodo pre y durante la revolución liberal de 1871; el objetivo era promover la nueva mercancía de exportación. Se introdujeron políticas gubernamentales de incentivo a la migración alemana, belga e italiana, entre otras, que trajeron a las fincas de café nuevas tecnologías que hoy en día constituyen el patrimonio industrial arquitectónico. Además, albergan muchos muebles, entiéndase máquinas de tratamiento de café del siglo XIX, que forman parte de capital histórico que circunda a la ciudad colonial.

La simbiosis cultural que define a este territorio sirvió de inspiración a reconocidos literatos que plasmaron en sus obras toda la experiencia vivida en este territorio. Hay en curso un proyecto contenido en la visión de Antigua Digital, que busca crear **la ruta de los escritores antigüeños** (pluma y letra), que contempla un recorrido por los inmuebles en los que vivieron: Adrián Recinos, Luis Cardoza y Aragón, César Brañas, Luis de León (de la aldea de San Juan del Obispo), Sor Juana de Maldonado, Bernal Díaz del Castillo y el monumental Rafael Landívar. Para más detalles se sugiere visitar el proyecto cultural disponible

en: <https://laantiguaguatemala.com/guia-de-la-ciudad/ruta-de-los-escritores/>.

La figura de Landívar aportó desde la poesía los elementos del proto-nacionalismo tal y como lo propone el doctor Marco Vinicio Mejía Dávila (2024) en su texto «Patria y Nación en Rafael Landívar»: «El moderno nacionalismo en Latinoamérica surgió del patriotismo criollo. Este enfoque originó que se afirme el supuesto protonacionalismo en la *Rusticatio Mexicana*», la emblemática obra landivariana. Un texto profundamente marcado por los recuerdos, las remembranzas y la nostalgia del terruño, que ha evocado en sus lectores globales representaciones de un paraíso mestizo, rico en naturaleza, con un clima de eterna primavera y modelado por la fe católica.

Remembranza de un antigüeño monumental

El padre jesuita Rafael Landívar refleja en su obra desde el exilio, el valor de habitar la memoria. Tras la expulsión de la orden jesuita de los dominios

de Carlos III que se sumó a una ola antijesuita en la Europa de la época, en 1767 la expatriación de España y todos los territorios conquistados de la orden, así como en Nápoles y Parma, conllevó el destierro de los «los catorce miembros que conformaban las dos comunidades jesuitas de Guatemala fueron conducidos al Golfo Dulce y embarcados en la fragata *Thetis* hasta La Habana y de allí al Puerto de Santa María (Cádiz)» (Sariego, 2010). Su periplo por mar lo vivieron en condiciones de parias, como lo relata Carlos Enrique Berdúo Samayoa (2024), cronista de la Ciudad de la Antigua Guatemala en entrevista para esta publicación, quien refiere que en algunos puntos intermedios del trayecto «donde había dominio español se les prohibía desembarcar, hasta que finalmente la Bolonia independiente los acoge, con la condición que deben dejar de ser jesuitas. Así se comprende por qué en la *Rusticatio* hay tanta nostalgia, añoranza y melancolía no solo por la patria, sino además desprenderse de su vocación» y en la soledad que implicaba no vivir en comunidad religiosa.

Tras la operación secreta, rápida y contundente de Carlos III, seis años

después los jesuitas fueron informados de la decisión del papa Clemente XIV, un declarado antijesuita, quien firmó la extinción canónica de la Compañía de Jesús en 1773, a lo cual se sumaron ese mismo año las noticias del terremoto de Santa Marta que destruyó la Ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala (hoy La Antigua Guatemala). Todo este cúmulo de experiencias impactan en la morriña por el pequeño paraíso del terruño y la zozobra por falta de noticias de la familia, la casa y la tirantez que se cernía en el debate entre el movimiento de terronistas (opositores al traslado) y traslacionistas que derivó en 1776, en el traslado de la ciudad al valle de La Ermita y la fundación de la Nueva Guatemala de la Asunción. Este conjunto de adversidades se refleja en el estado anímico de la obra poética landivariana.

La incertidumbre, sorpresa, miedo y confusión respecto de a qué mundo volver, impregna profundamente la *Rusticatio Mexicana*, publicada en su primera edición en Módena en 1781. La segunda se imprimió en Bolonia en 1782 y fue el preámbulo de tan solo vivir en la memoria hasta la muerte física en 1792.

Clausuradas todas las casas jesuitas, incomunicados sus miembros, el religioso Landívar en medio del destierro produce una obra literaria inundada de añoranzas respecto de la forma de vida de un guatemalteco oriundo de la segunda capital de la Capitanía General de Guatemala. El énfasis melancólico de sus versos, hace referencia a elementos cotidianos de la vida en la ciudad de Santiago, que entrelaza en formas poéticas, describiendo el ser social del que fuera el centro cultural, económico, religioso, político y educativo por más de 230 años de toda la región centroamericana.

El único hijo varón de una familia acomodada de la época, tuvo acceso a educación religiosa en su casa, en el colegio de San Borja y en la Real y Pontificia Universidad de San Carlos. Después se trasladó a México para sus estudios en el remoto noviciado de los jesuitas en Tepetzotlán. Se ordenó sacerdote en el Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo de México. Tempranamente, a sus 25 años, retornó a la ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala «siendo matemático y astrónomo y se constituye en (...)

vicerector y luego rector (...) del Colegio San Francisco de Borja» (Berdúo, 2024).

Un niño inquieto cuyo patio de juegos en la que fuera su casa de habitación, habría sido su primigenia inspiración: «sus padres le preparan y destinan, durante la primera infancia, una casita ubicada dentro del predio familiar exuberante de riqueza y de nobleza. Allí en la casa conocida con el nombre de “La Asesoría”, vive el pequeño Rafael con dos maestros que, contratados exclusivamente para instruirlo y educarlo, reciben una pensión de treinta pesos por mes además de la mesa servida». (Chamorro, N.d). En su primer universo inmediato, Berdúo (2024) refiere dos elementos centrales que vinculan a Rafael Landívar con el solar en el que aún hay vestigios de la que fuera la casa de su infancia y adolescencia, lugar además en el que se fabricaba la pólvora, que era la actividad comercial de la familia que contempló en la construcción del recinto una fortificación capaz de contener cualquier percance con el material inflamable. Estos vestigios aún están en pie y son muestra de una robusta construcción reforzada, sui géneris respecto de la arquitectura

colonial, con contrafuertes y abovedados capaces de contener cualquier explosión.



La casa natal de Rafael Landívar se encuentra en la 5a. calle poniente, Alameda de Santa Lucía, La Antigua Guatemala. (Fotografía de Cristhians Castillo).

El primer elemento de certeza es que cuando Rafael vivió en esa casa era la época en que la tradición para atender los partos se recurría a comadronas, quienes asistían a las mujeres a parir en su lugar de residencia. La casa era un espacio de vida. La muerte se daba fuera de ella, pues los curanderos recomendaban en los estertores de la existencia, trasladar a los enfermos terminales a los hospitales, pero la vida era acogida en el hogar.

El otro elemento determinante de la vinculación de Landívar al solar es la ubicación, que «perteneía a la parroquia de San Sebastián, a Rafael lo bautizan (...) en la capilla del baptisterio que está en pie todavía, en la esquina sur de la fachada de las ruinas de San Sebastián (...); en el libro de bautizo en poder del archivo arquidiocesano está asentada la partida de nacimiento» (Berdúo, 2024).

Era una casa de una extensión de lo que hoy en día sería una manzana. Estaba ubicada en las afueras de la ciudad de Santiago, que «terminaba en la alameda, entonces fue cuando se creó el barrio del Espíritu Santo. Se crearon esas manzanas, en lo que hoy en día es la finca la pólvora, compartida en dos barrios, el del Espíritu Santo y San Gerónimo que en sus orígenes fueron barrios indígenas, pero por proceso de mestizaje y evolución de familias criollas que se vinieron a menos, se repoblaron y se volvieron barrios mestizos» (Berdúo, 2024)

La casa número 40-C de la 5ta calle poniente, hoy en día es propiedad municipal. En 1968, la municipalidad compró toda finca la pólvora para la construcción del centro de servicios (Ibídem). La Universidad de San Carlos de Guatemala compró el terreno contiguo a la casa hasta la calzada Santa Lucía, para la construcción del panteón en el que yacen los restos mortales de Rafael Landívar, hoy conocida como el Monumento a su memoria.



Imágenes tomadas el viernes 13 de septiembre de 2024, en la 5a. calle poniente, en La Antigua Guatemala, de la casa natal de Landívar y de su mausoleo. (Fotografías: Cristhians Castillo).

Monumentos a Landívar. Recuperar la inspiración, valorar la casa de habitación

El inmueble es propiedad de la Municipalidad de La Antigua Guatemala. El doctor Quiñonez Guzmán (2024) refiere que, junto con el complejo de la Compañía de Jesús (usufructuado a la Cooperación Española y su centro de formación), son los únicos dos inmuebles en esta categoría. El lugar que habitó Sor Juana de Maldonado está bajo administración del Consejo Nacional para la Protección de La Antigua Guatemala. En sus instalaciones funciona el museo de las tradiciones de Semana Santa. Los restantes cuatro inmuebles, para completar la ruta de los escritores antigüeños, son propiedades privadas de descendientes y herederos.

El solar de los Landívar en el que se encuentra la casa denominada según Faustino Chamorro «la Asesoría» sufrió una invasión en 1976, luego del terremoto del 4 de febrero. La ocupación se mantiene hasta la

actualidad, presuntamente por segundas generaciones que alegan derechos adquiridos que han sido consentidos por múltiples gestiones municipales que permiten que el inmueble sufra un proceso de deterioro visible. Han permitido que en su interior haya un palomar de champas que reflejan el mal uso que dan al espacio. En las entrevistas realizadas para el presente artículo hubo coincidencia respecto de negar que exista un usufructo en ley, por lo que se podría presumir que la ocupación es más bien una usurpación del recinto histórico.

Ha habido intentos por parte de las autoridades de la Universidad Rafael Landívar ([URL](#)) de recuperar el inmueble, en el marco de los festejos de los 25 (1986) y 50 (2011) años de fundación, con el objetivo de fundar en su interior un centro académico-cultural. No obstante, las autoridades municipales han evitado la confrontación con los invasores. Carlos Berdúo refirió que, durante la petición de 1986, su padre era concejal y las autoridades landivarianas a pesar de presentar el diseño, planos y la intención, recibieron un revés de miembros del Consejo Municipal que por rivalidad universitaria (presuntamente egresados

de la USAC) votaron en contra de que la URL se quedara con el terreno. En 2011, el propio Carlos Berdúo era concejal y ante el nuevo intento de recuperar la casa, recurrieron a ofrecer a los invasores terrenos en la parte posterior del Estadio municipal, para reubicarlos. Sin embargo, rechazaron la oferta debido a que sus peticiones incluían que fueran reubicados en inmediaciones de los terrenos municipales en «la pólvora», atrás del mercado municipal. La tensión se incrementó, según refiere el entrevistado, y pudieron identificar vínculos con sindicalistas. Esta situación provocó que la URL desistiera de la recuperación y restauración del inmueble.

El que fuera el espacio de juegos e inspiración de la posterior obra nostálgica, memorias y semblanzas de Landívar, merece un esfuerzo interinstitucional para ser recuperado, restaurado y conservado como legado histórico de la identidad antigüeña para las nuevas generaciones. Ese puede ser un proyecto de trascendencia.

A manera de colofón: la política pública de conservación y restauración de la memoria, otra deuda pendiente con nuestra identidad

Guatemala cuenta con la Ley para la Protección del Patrimonio Cultural de la Nación, decreto número 26-97 que rige para todo el país con excepción de la Antigua Guatemala que cuenta con normativa específica por el decreto número 60-69, Ley Protectora de la Ciudad de La Antigua Guatemala. A pesar de la existencia del Instituto de Antropología e Historia y del Consejo Nacional para la Protección de La Antigua Guatemala, entidades directamente responsables de la conservación e intervención del patrimonio, la propiedad privada sobre buena parte del patrimonio mueble e inmueble hace complejo el uso, goce y disfrute del legado histórico para propios y foráneos.

En el caso concreto de la Casa de Landívar, constituye un monumento de quien representa el prototipo del guatemalteco universal, que ha trascendido fronteras y generaciones con su magnífica obra literaria. Dar valor simbólico al que fuera su lugar de residencia debe ser parte de una política municipal en alianza con múltiples organizaciones académicas y culturales, dispuestas a visibilizar a uno de los grandes de la literatura guatemalteca. Detrás de las acciones políticas en favor de la cultura y la recuperación de los lugares de memoria, «debe existir una intención de recordar, que ya no está primordialmente en manos del Estado e intelectuales, sino que en la urgencia de una sociedad por buscar su pasado e identidad, para “detener el tiempo, y bloquear el trabajo del olvido, (...) porque son restos, la forma extrema bajo la cual subsiste una conciencia de conmemoración en una historia que la solicita, porque la ignora” » (Nora, 2009, en Zúñiga, 2017).

La arquitectura de la memoria es aquella que busca crear en el espectador sentimientos y emociones

recordando un personaje, un hecho o un evento histórico, que rememora en el presente las vivencias del pasado y siguiendo a Mejía Dávila (2024) se constituyen en marcadores identitarios que constituyen nuestro nacionalismo, nuestro ser guatemalteco y, más puntualmente, ante la presencia landivariana, nuestro ser antigüeño a partir del quehacer de los ancestros.

Recuperar la Casa de Landívar no solo es un acto administrativo o jurisdiccional. Debe ser un acto humanista de reivindicación histórica de uno de los grandes hijos de esta Patria. No es suficiente lograr convertirlo en un museo más, en un sitio de proyectos culturales y de formación, o en un recinto de posesiones nostálgicas de antaño. Debe ser un acto de consolidación y herencia de una memoria histórica que se pierde en las nuevas generaciones del municipio y del país.

La Municipalidad de La Antigua Guatemala otorga su máximo reconocimiento a los vecinos, personajes e instituciones distinguidos, que con su trabajo enaltecen a la ciudad y sus

habitantes, mediante la Orden Rafael Landívar. La entregan cada 10 de marzo, fecha que recuerda el primer cabildo para establecer el tercer asentamiento de la Ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala en 1543, como un acto político que pone en el sitio de honor a los homenajeados y el nombre de uno de los ilustres antigüeños.

Ser un destino de talla mundial no es solo por las calles empedradas, las ruinas, el ambiente colonial, los bares o el buen trato de la gente. También hacen mística a la ciudad sus historias, cultura, valores, comidas y todo lo que hace de nuestro pueblo un lugar de memorias de otras épocas. «Las comunidades locales son proactivas y lideran la construcción de su patrimonio (...) que sirve (...) para la gestión sostenible de los recursos (...) de tal forma, el turismo, actividad de mayor generación de riqueza en relación con el patrimonio, así como la renovación urbana o la preservación de actividades agrícolas tradicionales, se vuelve sostenible cuando, mediante la conservación del patrimonio, se

participa en la mejora de la calidad de vida de las comunidades y respeta más el medio ambiente». (Dormaels, 2012)

Promover una acción de negociación, coordinación y cooperación entre los múltiples actores involucrados en la recuperación de la Casa de Landívar es una oportunidad para impulsar la construcción de consensos para el mejoramiento de la calidad de vida de las nuevas generaciones, que habitan este paraíso tan necesitado de buenas noticias y de proyectos positivos que nos enorgullecen. De seguro, al lograrlo, habrá socios nacionales e internacionales interesados en seguir acumulando patrimonio cultural para la humanidad.

Referencias

Berdúo Samayoa, Carlos Enrique. 17 de septiembre de 2024. Comunicación personal: el valor para la memoria histórica de la Antigua Guatemala de Rafael Landívar, monumentos a su memoria. Entrevista semiestructurada.

Chamorro González, Faustino. N.d. Vida de Rafael Landívar. Texto electrónico disponible en: <http://recursosbiblio.url.edu.gt/Publi/Libros/2013/RusticatioMX/06.pdf>

- Choay, Françoise. 2007. *Alegoría del Patrimonio*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili.
- Dormaels, Mathieu. 2012. "Identidad, comunidades y patrimonio local: una nueva legitimidad social", en *Alteridades*, 22 (43), pp. 9-19. Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, División de Ciencias Sociales y Humanidades, Departamento de Antropología.
- Mejía Dávila, Marco Vinicio. 2024. *Patria y Nación en Rafael Landívar*. *Revista Análisis de la Realidad Nacional*, año 13, edición 265, Guatemala 1-31 de agosto.
- Nora, Pierre (2009). *Les lieux de mémoire*. Santiago: LOM. Traducción de Laura Masello, Ediciones Trilce.
- Quiñonez Guzmán, Javier. 16 de septiembre de 2024. Comunicación personal, entrevista: Política institucional de conservación del patrimonio de la Antigua Guatemala, caso de la casa de habitación de Rafael Landívar. Entrevista semiestructurada.
- Sariego Rodríguez, P. Jesus Manuel, S.J. 2010. *Tradición Jesuita en Guatemala: una aproximación histórica*. Disertación en ocasión de la celebración de 49 años de fundación de la Universidad Rafael Landívar y el inicio de las actividades de conmemoración del quincuagésimo aniversario. Guatemala, 19 de octubre de 2010. Texto electrónico de transcripción disponible en: <http://www.url.edu.gt/portalurl/archivos/246/archivos/sariego.pdf>
- Zúñiga Becerra, Paulina. 2017. *Patrimonio y Memoria: una relación en el tiempo*. *Revista de Historia y Geografía*, No. 36/2017, pp. 189-194.